

Muy de vez en cuando me vuelvo a preguntar para qué sirve eso que seguimos llamando Crítica de Arte, y no es ni mas ni menos que el obsesivo intento de poner unos indicativos interesantes a las viñetas que son las obras plásticas; incluso algunos en el colmo de la buena fe, piensan que pueden llegar a ser didácticos, a estos últimos deberían darles un premio, quizás mandarlos al limbo con otras legiones de arcángeles, semiólogos y psicoanalistas del “hecho artístico”. De verdad creo (opino), que la crítica entendida como tal, se ha distinguido por marrar de mala y pedante manera con los mejores de su tiempo, quizás la Historia, o los historiadores, que no acabo de distinguirlos, con su manía aséptica de los listados habrán atinado por aquello de matar “chogüís” a cañonazos, y los reyes y americanos W.S. dieran en clavo de los mejores, no por entendidos, sino por coleccionistas, que es un poco lo que le pasa a un servidor con Barnes.

Escribir sobre Barnes: Sí en mi casa hay tres cuadros suyos, uno enorme, otro que me gusta extraordinariamente porque me recuerda a Rauschenberg, y un tercero que me regaló cuando dejamos nuestros papeles de artista y de crítico en el cenicero. Como en casa somos muchos, mejor dicho muchas, cada cual lucha por su propia supervivencia anímica, el chow-chow y quien suscribe nos solemos quedar solos a mantener interminables pláticas acerca del Arte, y sus derivados, él naturalmente como oriental milenario no desciende a discusiones sobre valores occidentales, Bonifacio, Picasso, Mompó, Lucio Muñoz o Arroyo, no son peores ni mejores que Barnes, simplemente son “cosas mías”, producto de una opción, el chino mas signico opta generalmente por el Barnes enorme que manda en el pasillo, donde entre Goya y una voluntariosa copia de Cezanne corre el viento que necesitan sus melenas de león Jíbaro. Jamás he pensado ser su dueño, tan solo un sargento de ocupación, como tampoco intentaré nunca explicar-les a este albaceteño, duro y lleno de artistas, que se debate entre esa tierra-tierra, La Mancha, tan difícil de entender cromáticamente, y el mundo, llámese N.York, Berlín o los nuevos romanos; capaz de dejarse un buen día su trabajo “Banesto” y todo lo que ello implica en la nevera; total, hasta el punto de que todas las conversaciones empiezan y terminan con lo que quiere hacer. Y hace de todo, decora una barra contemporánea, pega hierros de póvera con mentalidad del formalista, diseña revistas ofensivas y por tanto visibles y legibles, monta happenings, sin haber visto a Cage, ni maldita la falta que le hace, y pinta partiendo de que el abstracto y lo figurativo, o (lo no) y (lo si), son verborreas pasadas.

Válgame la pata ortopédica de un cojo situar a Barnes en un “estilo”, habría que inventarlo, y ya están los diccionarios de Arte Moderno (hoy vídeos) bastantes sobrecargados como para que uno venga a complicar aún mas el damerograma. Miguel, que así lo titularon los que así podían hacerlo por ley, lo mezcla todo y según el momento, trabaja como un poseso después de haber cargado sus baterías, para dejar el cinz como hígado de cirrótico, en días y noches empalmados, hasta que lo pensado es idéntico a lo que surge. Pinta, chorrea, pega papeles y materializa verdaderos kilos plásticos a la manera de los taxidermistas. Cuando le ha sacado a la línea, es decir, a las vísceras, cuanto de soporte había, entonces el cuadro, por hablar de la pintura, se

convierte en un escenario, y empiezan los raspados, el papel de embalaje que deja su estela, una hoja de El País que ya no envolverá pescado putrefacto, sino que contrastará la maquetación informática, con el goteo y la mancha como otra venganza mas de lo espiritual en el arte, al fin y al cabo parte de lo contemporáneo empezó por ahí. En el fondo de eso se trata, de investigar, no de estar a la page, y dedicarse como suelen tantos profesores y alumnos de las “Bellas Artes” al manido oficio de transcribir últimas modas al posterior socaire de Ferias (Vanidades en latín), o revistas pensadas y pagadas en despachos yuppies del SOHO productions y sucursales europeas.

Ese será el mérito o el fracaso en vida de Barnes, su no correlación o asimilación al velódromo artístico, la contracorriente por la que siempre se apuesta diez a uno, y eso es lo que me dicen sus cuadros cuando los comparo con mis otros gustos en la soledad del espectador, siempre hay unas formas que me recuerdan a algo, nunca a alguien, pero luego el pensamiento se diluye para aceptar que, lo de menos, es la referencia, porque la referencia suele estar en lo que nosotros queremos ver, no en lo que el pintor ha querido decir, una vez perdidos los condicionantes. Obviamente en la medida de lo posible, el universo de Miguel aparece como ese gran teatro de espacios al que hacíamos mención antes, el triangulo se contrapone a las grandes masas, los signos, que pueden decodificarse cuando se conoce su obra en extensión, marcan las trasgresiones de color realizadas desde intersección de planos que se clavan como navajas sobre el pecho de la aparente composición formal, porque, encima el jodido tiene “gusto”, aunque eso sí, jamás llega a ser decorativo. No he debido decir eso, o quizás sí. EA

El perro me mira, es su hora de salir, probablemente se mee en esa naturaleza odiada desde la pintura por irrepitable, veremos Mantengas, Hoopers, alguna pared digna de Tapies, graffittis que vienen de Barceló joven y antecesores ajusticiados, me gustaría observar un Barnes, así tendría la ventaja de comparar la obra pintada con la obra pensada, ya se sabe que ni las grandes novelas, ni las mejores obras de Arte llegaron a realizarse, quedaron en las neuronas anónimas por falta de tiempo o de posibilidades materiales.

El chow-chow- ha dejado su decorado barnesiano y me requiere fijo, mis hijas discuten por un disfraz de arlequín, y otro de hombre araña, mi mujer está leyendo “la hoguera de las vanidades”, y un servidor se levanta a por la correa pensando que ya no quedan, ni dioses blancos, ni críticos negros, es todo hit-parade, o los cuarenta o los dieciséis, por eso aún me gusta Barnes.

PEDRO NUÑO DE LA ROSA.

Crítico de Arte y comisario de exposiciones

Texto del catálogo de la exposición

Palacio Gravina. Alicante. 1990.